

Está robusto y joven. Llegamos al estrado en medio de un tremendo movimiento de asombro y curiosidad. Ovación. Mis sienes baten a la carga. Toda mi sangre en la cabeza. Me pongo de pie y la ovación es delirante. Dura no sé cuánto. No estallo. La caldera resiste. Soy un caballo en las huinchas. Joaquín Edwards nervioso. Joaquín mañoso. Joaquín al cajón. ¡Partieron! Joaquín en punta por tres cuerpos. Sigue la carrera. La caldera se descarga de a poco. Me desinflo. Del rojo paso al pálido. Al final estoy dueño de mí. Color ceniza. La voz se hizo firme y segura. Improvisé no poco. El público de una benevolencia y comprensión admirables, me animó sin cesar. Gran tarde. Inolvidable tarde triunfal. Su excelencia celebraba "visiblemente contento mis salidas". Y después, una confesión: "Había descargado mi acumulación de energía nerviosa sobre el público. Nunca creí que pudiera ser tan feliz después de la batalla contra mis nervios. ¡Victoria! El público ha reconocido mi esfuerzo y mi desinterés personal en treinta años de periodismo. Mi vocación"⁷.

Los honores nunca han interesado a Joaquín Edwards Bello; pero con la Academia y sus colegas ha sido siempre cortés y obsequioso; y, contrariamente a lo que afirma el señor Mario Ferrero en su libro *Premios Nacionales de Literatura* (Vol. 1º) ⁸, hasta que se lo permitió su salud raras veces faltó a sesiones.

A un escritor de tanto prestigio, debido a su pluma rápida y veloz, no le interesan los juicios acerca de su obra. Con la misma indiferencia y sin vanidad, lee las buenas y las malas apreciaciones, sobre sus libros; sabe que su vasta obra tiene "deslices" en la forma, y no ignora que, en cuanto a conceptos y juicios, los hombres nunca estaremos de acuerdo, máxime los del mismo oficio. Por último creo a pie juntillas que es sincero cuando dice: "a mí no me gusta que me lean", lo cual equivale a decir: me importa un bledo la opinión de los demás y mucho menos la de los críticos. Un escritor de la categoría de Joaquín Edwards Bello puede decir esto y muchas cosas más. Sobre gustos no hay nada escrito. Cuando se logra la estatura literaria de Joaquín Edwards Bello, tanto los elogios como los reparos deben verse insignificantes desde esa inmensa altura.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At414-123NCFA10123>

Nuevas crónicas, de JOAQUÍN EDWARDS BELLO. Zig-Zag, 1966

Alfonso Calderón, al espigar entre las páginas "La Nación" las mejores crónicas de Joaquín Edwards Bello, a fin de editarlas en volúmenes, está realizando una tarea muy útil para las letras hispanoamericanas; porque ella permitirá difundir ampliamente la dilatada labor periodística de uno de los más notables escritores de este continente, que si se ha destacado también en la novela, su gran vocación ha sido la de cronista, y ésta será

⁷Id. Pág. 37.

⁸*Premios Nacionales de Literatura.*

Vol. 1º. Pág. 73, de Joaquín Edwards Bello. *Nuevas crónicas*, Zig-Zag, 1966.

quizás la que lo immortalizará. Sus mismas novelas tienen mucho de crónicas.

En esta recopilación hecha por Calderón, los lectores encuentran de todo: hombres, ideas, historia, historias... costumbres y mil cosas más, a las cuales el ingenio y la acuciosidad del autor le dan una nota de especial simpatía y atractivo.

Edwards Bello posee un archivo de omni re scibili, de tal manera que, para escribir las crónicas no sólo utiliza su portentosa fantasía, sino también recurre al documento, que, como pocos escritores, tiene a la mano en su propia casa, para aprovecharlo discretamente.

Hay en este tomo cuadros vivos, relatos graciosos, sutiles, y siempre oportunos. Cualquier cosa: un hecho, una noticia, una historia, dan pábulo al autor para contar anécdotas, como esa de la nariz de su tía Elisa Edwards Garriga, a propósito de la "Cirugía estética", y hacer recuerdos, e invariablemente lo realiza con espontaneidad, como quien conversa familiarmente, despreocupado, en lenguaje directo, sencillo, sin esos rebuscamientos a que recurren algunos para producir efectos literarios en desmedro del buen gusto. En estilo de Edwards Bello, las cosas que él cuenta, parecen hablar por sí mismas; el autor se asemeja posiblemente a un médium en una sesión de espiritismo, tal es el ardimiento y energía en el estilo del cronista. Dicho sea de paso, yo no he concurrido jamás a tales sesiones, aunque don Arturo Alessandri Palma, que era muy aficionado a ellas, me invitó más de una vez.

En literatura chilena, Edwards Bello es el caso típico singular, de un escritor que, sin ser tan cuidadoso de la forma, ha logrado excepcional destreza literaria.

De estas crónicas hay algunas dignas de figurar en las antologías de las letras hispanoamericanas, tales como "Cirugía Estética", "Setenta Años", "El Salón", "Teatro Municipal", "Andrés Bello y Lastarria", "El Primer Tranvía Eléctrico de Santiago" y algunas otras, que son cuadros de rica policromía, como aquel, por ejemplo, en el cual describe a "un invitado", que había tomado la palabra y, como no la soltaba, la dueña de casa se alejó del sitio donde él estaba; después le preguntó "a la criada que salía del salón: —¿Paró? No, señora. Sigue. La respuesta hizo caer a la patrona en una especie de sopor. Me asomé nuevamente. El energúmeno bufaba, se esponjaba la frente sin dejar de hablar. ¡Tanta sabiduría! ¡Tanto libro leído! ¡Tanta cita!" (Pág. 133. "El Salón").

F. A. B.

Cartas de un librero a un escritor joven, de HÉCTOR SUANES. Ed. de Librería Neira, 1966.

La franqueza es una gran virtud; pero si abusamos de ella podemos degenerar en la injuria. Nunca es lícito mentir, porque la mentira es intrínsecamente perversa, y jamás debemos decir ni una sola palabra